

S U F R I R

N U N C A E S

E N V A N O

S U F R I R
N U N C A E S
E N V A N O



ELISABETH ELLIOT

BH
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Sufrir nunca es en vano

Copyright © 2020 por Elisabeth Elliot Gren

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 248.84

Clasifíquese: Fe / Sufrimiento / Discipulado

Publicado originalmente por B&H Publishing Group con el título *Suffering is Never for Nothing* © 2019 por Elisabeth Elliot.

El texto Bíblico ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas.

Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia. Las citas bíblicas señaladas con «LBLA» son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS © Copyright 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.

Usadas con permiso. Las citas bíblicas señaladas con «TLA» son tomadas de Traducción en lenguaje actual. Copyright © Sociedades Bíblicas Unidas, 2000. Usadas con permiso. Las citas bíblicas señaladas con «RVA1989» son tomadas de la Santa Biblia versión Reina Valera Actualizada 1989. Copyright © Editorial Mundo Hispano. (Basada en la versión de 1909).

ISBN: 978-1-5359-8397-6

Impreso en EE. UU.

1 2 3 4 5 * 23 22 21 20

Contenido

Prólogo	vii
Prefacio de la editora.	xi
Capítulo 1: La terrible verdad.	1
Capítulo 2: El mensaje	19
Capítulo 3: Aceptación	39
Capítulo 4: Gratitud	57
Capítulo 5: Ofrenda	75
Capítulo 6: Transfiguración	91
Bibliografía	109

Prólogo

Durante siglos, hemos escuchado que «la sangre de los mártires es la simiente de la iglesia», y en verdad la sangre de Jim Elliot desbordó los tinteros en los que Elisabeth sumergió su pluma. Ella nos dio *palabras vigorizadoras de mártires* que inspiraron a generaciones de misioneros esforzados a llevar el evangelio a fúnebres junglas, desiertos y ciudades, tanto grandes como pequeñas. De igual modo, ella pronunció esas mismas palabras para inspirarnos, sobre todo cuando una ráfaga de sufrimiento golpea nuestra vida.

Me presentaron a Elisabeth Elliot por primera vez en 1965 cuando, en la escuela secundaria, leí su libro *Portales de esplendor*. En ese momento, no tenía idea de que, justo después de graduarme y de sufrir un accidente de buceo, entraría en esos valles oscuros sobre los cuales Elisabeth escribió. Más adelante, en 1976, me volví a encontrar con ella, cuando ambas fuimos oradoras en una conferencia en Canadá. Yo tenía solo 26 años, llevaba menos de una década como cuádruplejica y casi no podía creer que compartiera la misma plataforma con una mujer como ella, considerada una «santa de nuestros tiempos».

Una noche Elisabeth me visitó en mi habitación del hotel. Se sentó en el borde de mi cama, abrimos nuestros corazones y compartimos cómo Dios había permanecido tan fiel a nosotras a través de tanto sufrimiento. Ambas coincidimos en que nadie participa en el gozo de Dios sin antes probar las aflicciones de Su Hijo. Antes de irse, sonrió y señaló: «Sufrir nunca es en vano, Joni». Era una frase tan de ella, y creí entender lo que quiso decir. Después de todo, nueve años de cuadriplejía me hicieron tomar en serio el señorío de Cristo en mi vida; estos años perfeccionaron mi fe y me dieron un interés más profundo en la oración y la Palabra.

Incluso dos años después, escribí sobre estas cosas en un libro. ¡Me sentí complacida con mi lista de las 35 buenas razones bíblicas de por qué Dios permite la aflicción y lo que puedes aprender de ella! Le pregunté a Elisabeth si ella podría escribir una recomendación, y así lo hizo. Sin embargo, en su carta de presentación ella confesó que, aunque el libro era muy adecuado, era un poco técnico. Su comentario me hizo añicos. Fueron necesarios algunos años más de cuadriplejía, y la invasión del dolor crónico, para ayudarme a ver que el sufrimiento implicaba más (¡mucho más!) que aprender su trasfondo teológico y sus beneficios.

Elisabeth Elliot sabía que la madurez, el gozo y la satisfacción verdaderos tienen menos que ver con una evaluación mecánica del plan de Dios, y más que ver con ser empujados y, a veces, lanzados contra el pecho de nuestro Salvador. No consiste en una lista bien ordenada, sino en una lucha

ferviente con el ángel del Señor. Cuando la aflicción llega a diezmarte, entonces comprendes la doctrina de Elisabeth: las respuestas de la Biblia nunca deben separarse del Dios de la Biblia. Esa gran verdad me guió a través de más de 50 años de parálisis, dolor y cáncer.

La manera categórica y totalmente sacrificada de Elisabeth de vivir la vida cristiana nos llena de vigor. Ella nos hizo ver que estamos en un campo de batalla cruel en el que las fuerzas más poderosas del universo convergen en la lid. Y enfrentamos con gusto ese desafío, totalmente energizados por la extraordinaria visión de esta mujer para la Iglesia. Su vida y sus escritos son alimento y bebida para aquellos a quienes Dios coloca sobre los altares de la aflicción.

Y ahora, con *Sufrir nunca es en vano*, tenemos otra colección de escritos nuevos y profundos de los que podemos nutrirnos. Afortunadamente, aunque nuestra amiga está ahora en el cielo, más de sus materiales se encuentran disponibles en estos momentos para animarnos en la batalla. El libro que tienes en tus manos es un portafolio nuevo y maravilloso que recoge las reflexiones de Elisabeth, y, mientras lees con detenimiento cada página, imagina a la autora mirando por encima de tu hombro desde las tribunas del cielo, animándote a abrazar al Señor Jesús en *tus* aflicciones.

Permite que nuestra amiga te muestre cómo el sufrimiento *nunca* es en vano. Medita sin prisa en la insondable sabiduría de esta mujer, ya que hay epifanías que aún han de aparecer en tu horizonte y que te mostrarán excelencias más radiantes de Jesús, y bellezas más sorprendentes de Su

Sufrir nunca es en vano

evangelio. Deja que las verdades eternas de este nuevo libro *te* animen. Considera bien sus palabras, y un día, cuando pasemos juntos por los portales del cielo, estos en verdad serán *esplendorosos*.

Joni Eareckson Tada
Centro Internacional sobre la Discapacidad Joni y Amigos
Primavera 2019

Prefacio de la editora

Elisabeth Elliot murió el 15 de junio del 2015, en su casa en Magnolia, Massachusetts. Al morir, ella llevaba muchos años padeciendo demencia y, sin duda, estaba lista para ir con el Salvador, sobre quien enseñó a tantos con gran fidelidad. Lo sé porque me enseñó a mí. No tuve la oportunidad de conocerla hasta el ocaso de su vida, cuando la demencia ya le había robado la voz, pero sus palabras siempre estarán grabadas en mi corazón y en mi mente.

Escucha el llamado de Dios a ser mujer y obedece ese llamado. Dedicar tus energías al servicio. Ya sea que tu servicio sea para tu esposo y, a través de él, y de la familia y el hogar, Dios te da la oportunidad de servir al mundo; o, si en la providencia de Dios debes permanecer soltera, para servir al mundo sin el consuelo del esposo, del hogar y de la familia, en ese servicio conocerás la plenitud de la vida, la plenitud de la libertad y (sé de lo que hablo) la plenitud del gozo.

Esa cita, tomada de *Let Me Be a Woman* [Dejadme ser mujer], es una de cientos que me han desafiado, animado, frustrado y guiado en mi caminar con Dios. Al no haber crecido en la iglesia, no supe de Elisabeth Elliot hasta que su estado de salud ya iba en decadencia y había dejado de publicar y de grabar su programa de radio. Fue mediante *Portales de esplendor* que yo entré en contacto por primera vez con su ministerio y en seguida quedé encantada con sus escritos.

Años más tarde, ya como editora, conocí a una amiga cercana. Elisabeth había discipulado a esta mujer durante varios años, y entre ellas se había desarrollado una amistad profunda, desde antes de su enfermedad. Esta amiga sabía que los libros de Elisabeth habían moldeado mi vida, y que yo había consumido todo el contenido de enseñanzas que tuve a mano, por lo que me envió un regalo que ha dado muchos frutos. Se trataba de un conjunto de seis discos compactos titulados «Sufrir nunca es en vano». Escuché estos CD y quedé asombrada. Pensé que no solo era el mejor contenido de todos sus materiales, sino que estaba entre los mejores contenidos didácticos que yo hubiera escuchado alguna vez de cualquier persona. Pude obtener algunas copias adicionales de los CD, que les regalé a varios amigos íntimos, y todos se mostraron también entusiasmados con la influencia que el contenido tuvo en sus vidas.

Pasaron los años y nunca dejé de pensar en cuán clara era la enseñanza sobre el sufrimiento que había escuchado en esos discos. Tenía la certeza de que del contenido saldría un libro extraordinario. Luego, en 2012, tuve la oportunidad

de viajar con nuestra mutua amiga, quien me había regalado los CD, junto a Elisabeth y su esposo, Lars Gren, a algunos eventos en Texas.

El estado de salud de Elisabeth distaba mucho de ser bueno, y ya no podía comunicarse verbalmente. Sin embargo, había momentos en los que podía ver la claridad de aquellos penetrantes ojos azules conectados con los míos; ella agarraba mi mano, intentaba hablar, y yo sabía que ella estaba allí y me entendía. Le conté cómo Dios la había usado en mi vida, y en las vidas de cientos de miles de mujeres jóvenes que nunca tendrían el privilegio de expresárselo como yo lo hacía en ese momento. Por un instante, me encontré llena de ira hacia Dios al verla luchar, tratando de comunicarse. No podía entender cómo Él permitiría que esta mujer increíble que le había dado tanto sufriera de esta manera.

Entonces escuché su voz en mi mente señalar: «La cruz es la puerta al gozo». ¿Y hubo un sufrimiento mayor que en la cruz? Me di cuenta de que el sufrimiento que estaba observando no era incompatible en modo alguno con el mensaje que ella había enseñado toda su vida. Ella sufrió mucho y siempre nos enseñó a través del sufrimiento. Terminó bien porque vivió bien.

Cuando este libro se publique, habrán transcurrido más de seis años después de ese viaje con ella y casi cuatro después de su muerte. Esta obra es una ligera adaptación de ese conjunto de discos compactos que recibí hace muchos años. Elisabeth impartió este material (nunca antes publicado en forma de libro) originalmente en una pequeña conferencia que constaba de seis sesiones. Yo edité solamente el contenido

que te permitirá, como lector del libro, no distraerte con referencias a «sesiones», «la lección de ayer» o cosas como referencias temporales que ya han cambiado. He puesto todo mi esfuerzo en mantener la voz clara e inconfundible de la mujer y la escritora.

Mi oración es que este libro vuelva a presentar el trabajo de Elisabeth Elliot a una nueva generación, al mismo tiempo que continúe profundizando las semillas que plantó en muchos de nosotros.

Finalmente, al volver a leer estas palabras, siento que ella no agradecería toda esta adoración por su persona, así que debo reconocer que Elisabeth Elliot, aunque talentosa y fiel, era una mujer como cualquier otra. Era imperfecta, pecadora; y no dudaba en admitirlo. Lo extraordinario en ella fue la luz de Cristo que brilló a través de todas las grietas que en ella se abrieron producto de las experiencias extraordinarias que padeció.

Pero nunca fue en vano.

Jennifer Lyell
Octubre de 2018

❖ Capítulo 1 ❖

La terrible verdad

Cuando me comunicaron que mi primer esposo, Jim, estaba desaparecido en territorio indígena de los aucas, el Señor me hizo recordar algunas palabras del profeta Isaías: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán...» (Isa. 43:2a). Oré en silencio: «Señor, que las aguas no me aneguen». Él me escuchó y me respondió.

Dos años más tarde, me fui a vivir con los indígenas que asesinaron a Jim. Dieciséis años después de eso y luego de regresar a Estados Unidos, me casé con un teólogo llamado Addison Leitch. Tres años y medio después, Addison murió de cáncer.

Por supuesto, he pasado por algunas cosas difíciles en mi vida, como tú en la tuya, y no puedo decirte que sé exactamente por lo que estás pasando, pero puedo afirmar que conozco a Aquel que sí sabe. He llegado a comprender que, a través del sufrimiento más profundo, Dios me ha enseñado las lecciones más profundas; y, si confiamos en Él para esto,

podemos llegar a tener la inquebrantable certidumbre de que Él tiene el control. Él tiene un propósito amoroso. Y Él puede transformar algo terrible en algo maravilloso. Sufrir nunca es en vano.

Cuando a C. S. Lewis le pidieron que escribiera un libro sobre el problema del dolor, él pidió permiso para escribirlo de forma anónima, algo que se le negó porque

Por supuesto, he pasado por algunas cosas difíciles en mi vida, como tú en la tuya, y no puedo decirte que sé exactamente por lo que estás pasando, pero puedo afirmar que conozco a Aquel que sí sabe.

He llegado a comprender que, a través del sufrimiento más profundo, Dios me ha enseñado las lecciones más profundas.

sería incongruente con esa serie de libros en particular. Y esto es lo que escribió en su prefacio: «Si decía lo que realmente pensaba sobre el dolor, me vería obligado a hacer afirmaciones que suponen tal fortaleza que resultarían ridículas si se supiera de quién provenían». ¹ Yo me hago eco de esos sentimientos.

Cuando escucho historias de otras personas sobre sus propios sufrimientos, siento que no sé prácticamente nada sobre el tema. Yo estoy en el jardín de niños (para expresarlo de algún modo) en comparación con, por ejemplo,

mi amiga Jan, que es cuadripléjica y yace acostada, sobre un costado o el otro, las 24 horas del día en una clínica en Connecticut. O mi amiga Judy Squires en California, que nació sin piernas. O mi difunto amigo Joe Bailey, que perdió tres hijos.

No obstante, si todo lo que supiera sobre el sufrimiento fuera solo mediante la observación, aún sería suficiente para decirme que nos enfrentamos a un enorme misterio. El sufrimiento es un misterio que ninguno de nosotros es capaz de sondear; y es un misterio sobre el cual estoy segura de que todos, en algún momento u otro, se han preguntado por qué. Si intentamos juntar el misterio del sufrimiento con la idea cristiana de un Dios que sabemos que nos ama, si lo pensamos durante solo cinco minutos, la noción de un Dios amoroso no puede deducirse de la evidencia que observamos a nuestro alrededor, y mucho menos de la experiencia humana.

Me gustaría regresar a mi propia crianza en el hogar. Crecí en Filadelfia, en el seno de un hogar cristiano muy vigoroso, donde mis padres eran lo que yo llamo «cristianos de los siete días de la semana». Encima de la campana de la puerta, teníamos una pequeña placa de bronce con las palabras «Cristo es la cabeza de esta casa, el invitado invisible en cada comida, el oyente silencioso de cada conversación». Nos enseñaron que Dios es amor y creo que uno de los primeros himnos que aprendimos fue esa cancioncita evangélica: «Cristo me ama, yo lo sé, pues la Biblia dice así».

Cuando yo tenía nueve años, vivía en un vecindario de 42 niños, pero tenía una amiga llamada Essie que vivía a unas seis cuadras de distancia. Essie y yo teníamos nueve años cuando ella murió. Cuando yo tenía quizás tres o cuatro años, tuvimos una invitada en nuestra casa que iba de camino a China como misionera. Su nombre era Betty Scott. Ella fue a China y se casó con su novio John Stam.

Unos pocos años más tarde, no estoy segura de la edad que tenía, quizás seis o siete años, mi padre llegó a casa una noche con un periódico donde decía que John y Betty Stam habían sido capturados por los comunistas chinos, los habían hecho caminar casi desnudos por las calles de un pueblo chino y luego los habían decapitado.

Te puedes imaginar la impresión que esto causó en la mente de una pequeña niña, si tomamos en cuenta el hecho de que Betty Stam se había sentado a la mesa a cenar con nosotros y nos había contado su testimonio antes de dirigirse a China. También recuerdo vívidamente las historias de los periódicos sobre el secuestro del bebé de Charles Lindbergh y que, cuando por las noches me iba a dormir, me imaginaba que veía una escalera aparecer en mi ventana. Mis padres, como no tenían idea de que yo estaba tan preocupada, no me explicaron que en realidad no había mucho peligro de que alguien estuviera interesado en secuestrar a una niña como yo, pues realmente estábamos muy lejos de ser una familia acaudalada.

Sin embargo, cuando era pequeña sí tuve algunas experiencias relacionadas con la muerte. Y, hace apenas unas semanas, para poner un ejemplo más reciente, algunos amigos míos y de mi esposo llamaron para decirnos que su pequeña hija de cuatro años, que nació con espina bífida, estaba muy bien. Pero la madre estaba embarazada y por varias razones le habían realizado algunas pruebas, las cuales revelaron que el bebé que ahora lleva en su vientre también tiene espina bífida. Por eso nos llamaron, solo para expresarnos que estaban sufriendo y que por favor orásemos por

ellos. Escuchar historias como esa es lo que me hace pensar que mi propia experiencia de sufrimiento es realmente muy pequeña.

Para todo individuo que piense, la pregunta es inevitable. ¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Puedes mirar los datos y creer? Y es la pregunta que Iván Karamázov le hizo a Aliosha en la famosa novela de Dostoyevski, *Los hermanos Karamázov*, que narra la historia de una pequeña niña de cinco años.

Iván le expresó a su hermano, Aliosha:

Estos padres cultos sometieron a la pobre niña de cinco años a todas las torturas posibles. La golpearon, la azotaron, la patearon, sin saber ellos mismos por qué, hasta que todo su cuerpo no era más que moretones. La dejaban toda la noche en el retrete, con el pretexto de que ella no pedía a tiempo que se la sacara de la cama para llevarla allí a media noche (como si una niña de esta edad que está profundamente dormida pudiera solicitar estas cosas a tiempo), por lo que le embarraban la cara con su excremento y se lo hacían comer, ¡y fue su madre, su madre que la formó! ¡Y esta madre podía dormir mientras su pobre hija gemía toda la noche en ese vil lugar! ¿Puedes entender que una pequeña criatura que ni siquiera puede comprender lo que le están haciendo, en un lugar vil, en la oscuridad y el frío, se

golpea a sí misma en su pequeño pecho con su pequeño puño y llora con sus angustiadas, tiernas y dóciles lágrimas para que «el querido Dios» la proteja? ¿Puedes entender este absurdo, mi amigo y mi hermano, mi novato piadoso y humilde, puedes entender por qué se necesita y se crea un absurdo tal? [...] Por lo tanto, inmediatamente devuelvo mi boleto. Y es mi deber (solo por ser un hombre honesto) devolverlo con la mayor anticipación posible. Y esto es lo que ahora hago. No es que no acepte a Dios, Aliosha, simplemente con todo respeto le devuelvo el boleto [...]. Sé sincero, te lo pido; respóndeme esto: imagina que tú mismo estás construyendo el edificio del destino humano con el objetivo de al final hacer felices a las personas, de darles paz y descanso al fin. Sin embargo, para eso tienes que torturar inevitable e ineludiblemente a una pequeña criatura, a esa misma niña que se golpeaba el pecho con su puño pequeño, y levantar tu edificio sobre el fundamento de sus lágrimas no correspondidas: ¿aceptarías ser el arquitecto en tales condiciones? Dime la verdad.²

Y lo que quiero compartir con ustedes es lo que veo como la verdad desnuda, sin evasiones y sin banalidades sosegadas y monótonas. Tengo algo muy reciente en mi mente, fue justo esta semana, una imagen que vi en la revista *Time* de

un bebé recién nacido llorando inconsolable, cuya madre era una adicta al *crack*. El solo ver esa imagen desarticuló en mi mente, por así decirlo, todo lo que pensaba compartir con ustedes en esta serie.

Ayer iba sentada en el avión junto a una mujer que estaba leyendo un libro llamado *Master of Life Manual* [El manual del amo de la vida], el cual, según la portada, trataba sobre la metafísica, la conciencia mente-cerebro, los principios del potencial humano y esta sorprendente afirmación: «Crea tu propia realidad ahora». Yo pensé que odiaría caer tan bajo como para tener que crear mi propia realidad frente a los datos de la experiencia humana.

Entonces, yo haría la pregunta: ¿hay alguna razón para creer que el sufrimiento no es en vano? ¿Existe un propósito eterno y perfectamente amoroso detrás de todo esto? Si lo hay, no es evidente; no salta a la vista. Sin embargo, durante miles de años y frente a estas realidades asombrosas (esta terrible verdad), la gente ha creído que existe un Dios amoroso y que Él observa estas realidades que nos rodean y aún nos ama. Si estas personas aún insisten en que Dios sabe lo que está haciendo, que tiene el mundo entero en Sus manos, entonces repito: la razón no puede ser obvia. No se puede deber a que esos miles de personas eran sordas, ciegas o estúpidas e incapaces de ver con claridad y constancia los datos que tú y yo tenemos que mirar constantemente. ¿Cuál es la respuesta?

F. W. H. Myers, en su poema *San Pablo*, escribió estas palabras: «¿No existe un mal demasiado amargo que expiar? ¿Cuáles son estos años desesperados y escondidos? ¿No has

oído gemir a toda tu creación, los suspiros de los esclavos y las lágrimas de una mujer?».³ La respuesta no es evidente. Debe haber una explicación en alguna parte. Y mi propósito es tratar de llegar a la explicación y luego ver si hay algo que tú y yo podamos hacer con respecto a esta cuestión del sufrimiento. Estoy convencida de que en esta vida hay muchas cosas respecto sobre las cuales no podemos hacer realmente nada, pero con las cuales Dios quiere que hagamos algo. Y espero que, para cuando concluya, me haya expresado con claridad.

Ahora, la palabra *sufrimiento* puede parecer muy elevada y quizás demasiado solemne para nuestros problemas de hoy. Yo miro a esta audiencia a la que le estoy impartiendo este contenido y no conozco a ninguna persona aquí. Tampoco

Estoy convencida de que en esta vida hay muchas cosas respecto sobre las cuales no podemos hacer realmente nada, pero con las cuales Dios quiere que hagamos algo.

tengo idea de quién podría recibir este contenido en el futuro de alguna forma u otra; pero, si te conociera y conociera tus historias, sabría que no hay manera de poder hablar de manera personal a cada necesidad que hay aquí ni a cada tipo de sufrimiento. Además, estoy bastante segura de que habrá algunas personas aquí en esta noche que dirían: «Bueno, realmente no

conozco nada parecido al sufrimiento. Nunca he sufrido como Joni Eareckson o Jo Bailey, o incluso Elisabeth Elliot». Y, por supuesto, tienen razón en esto. Y, si yo conociera tu historia, podría afirmar lo mismo. Podría decir: «Bueno, nunca he pasado por algo así».

Por lo tanto, quiero darles una definición de sufrimiento que cubrirá toda la gama desde cuando la lavadora se desborda o cuando tu jefe viene a cenar por la noche y el asado se te quema; todas esas cosas por las cuales nuestra reacción humana inmediata es: «¡Ay, no!». Desde ese tipo de banalidades, relativamente hablando, hasta que a tu esposo le descubran un cáncer, que tu hijo tenga espina bífida, o tú, tú misma, acabes de perderlo todo. Creo que estarás de acuerdo en que la definición que te daré cubrirá toda esa gama.

Las cosas que voy a intentar decirte se aplicarán a las cosas pequeñas, esas cosas a veces ridículamente pequeñas, por las cuales, si te pareces un poco a mí, te enojas y pierdes la compostura, esas cosas que distan muchísimo de las cosas grandes. Y aquí va mi definición de sufrimiento: «El sufrimiento es tener lo que no quieres o querer lo que no tienes». Creo que eso lo abarca todo.

Ahora, ¿puedes imaginar un mundo, por ejemplo, en el que nadie tuviera nada que no quisiera: ni dolores de muelas, ni impuestos, ni familiares susceptibles, ni embotellamientos? O, por el contrario, ¿puedes imaginar un mundo en el que todos tuvieran todo lo que quisieran: clima perfecto, esposa perfecta, esposo perfecto, salud perfecta, puntuaciones perfectas, felicidad perfecta?

Malcolm Muggeridge expresó: «En caso de que pudieras eliminar el sufrimiento, el mundo sería un lugar horrible porque con él desaparecería todo lo que corrige la tendencia del hombre a sentirse demasiado importante y demasiado complacido consigo mismo. El ser humano ya es suficientemente malo, pero sería absolutamente intolerable si nunca

sufriera».⁴ Muggeridge llega al centro de lo que yo quiero transmitir. Sufrir nunca es en vano.

Ahora, ¿cómo lo sé? Las cosas más profundas que he aprendido en mi propia vida provienen del sufrimiento más profundo; de las aguas más hondas y de los fuegos más violentos, han surgido las cosas más insondables que conozco sobre Dios. Me imagino que la mayoría de ustedes señalarían exactamente lo mismo. Yo añadiría esto: que los dones más grandes de mi vida también han acarreado los más grandes sufrimientos. Hablo de los dones más preciados de

Las cosas más profundas que he aprendido en mi propia vida provienen del sufrimiento más profundo; de las aguas más hondas y de los fuegos más violentos han surgido las cosas más insondables que conozco sobre Dios.

mi vida: el matrimonio y la maternidad. Y recordemos siempre que, si no queremos sufrir, debemos tener mucho cuidado de no amar nada ni a nadie. Los dones del amor han sido los dones del sufrimiento. Estas dos cosas son inseparables.

Ahora te hablo no como R. C. Sproul, que es teólogo y erudito. Te hablo no como alguien que simplemente se ha mantenido al margen y ha meditado sobre estas cosas, sino como alguien en cuya vida Dios se ha asegurado de que haya experimentado cierto sufrimiento, cierto dolor. Y ha sido mediante ese dolor que ha surgido la inquebrantable convicción de que Dios es amor.

Cuando mi pequeña hija, Valerie, tenía dos años, ya hacía más de un año que su padre había muerto. Yo estaba empezando a enseñarle cosas como el Salmo 23. «Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma...» (Sal. 23:1-3a). Todavía puedo escuchar esa delicada vocecita de bebé decir: «Junto a aguas de reposo me pastoreará». Cuando la oí pronunciar esa frase otra vez (pues todavía tengo una cinta de ella recitando el salmo), yo pensé: *¿De dónde sacó esa extraña entonación?*, y me di cuenta de que provenía de su madre, que la adiestraba palabra por palabra. Ella solía decir: «Junto a aguas de reposo...», y yo añadía: «Me pastoreará». Y ella repetía: «Me pastoreará». Como sea, ella lo aprendió.

También le enseñaba el Salmo 91, uno de mis favoritos: «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré. Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará» (Sal. 91:1-7).

Ahora quiero que pienses cómo una madre, viuda, trata de enseñarle a su hijita, cuyo padre fue asesinado por un grupo de

*Los dones más grandes
de mi vida también han
acarreado los más grandes
sufrimientos.*

indígenas salvajes que pensaron que él era un caníbal, lo que este salmo significa, lo que significan las palabras de la Escritura. Ella aprendió que «Cristo me ama, yo lo sé...» no porque mataron a su papá. Ella no lo sabía de esa manera. Más bien, «Cristo me ama yo lo sé, pues la *Biblia* dice así». Ella aprendió a cantar «Dios cuidará de mí», y ¿cómo iba a explicarle que caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará?

Te digo esto porque tal vez te ayude a entender que, debido a las circunstancias de mi propia vida, me he visto obligada a procurar llegar al fundamento mismo de la fe, a esas cosas que son infrangibles e inquebrantables. Dios es mi refugio. ¿Fue Él el refugio de Jim? ¿Fue Él su fortaleza? La noche antes de que esos cinco hombres penetran en el territorio waorani y de que estos indígenas los asesinaran, ellos cantaron: «Descansamos en ti, nuestro Escudo y nuestro Defensor». ¿Qué hace tu fe con la ironía de esas palabras?

De este lado del cielo, no habría satisfacción intelectual para la pregunta milenaria ¿por qué? Aunque no he encontrado satisfacción intelectual, he encontrado paz. La respuesta que te doy no es una explicación, sino una persona: Jesucristo, mi Señor y mi Dios. Como mencioné al principio de este capítulo, cuando me di cuenta de que mi esposo había desaparecido y no supe hasta pasados otros cinco días que estaba muerto, las palabras que Dios me dio eran de Isaías, el capítulo 43: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador...» (Isa. 43:2-3a).

Entonces, comprendí que Dios no me estaba diciendo que todo iba a estar bien, humanamente hablando, que Él iba a preservar la vida de mi esposo y me lo devolvería, sino que Él me estaba dando una promesa inequívoca: «Yo estaré contigo. Porque Yo soy el Señor tu Dios». Él es el que me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Y ese desafío que Iván Karamázov le hizo a su hermano, Aliosha, se hizo eco de un desafío lanzado miles de años atrás, el desafío hecho a Jesús cuando colgaba en la cruz. *Tú que destruirías el templo y lo levantarías en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz. Y recuerdas cómo luego la elite religiosa se mofaba de Él con palabras acusatorias. A otros salvó. A sí mismo no se puede salvar. Él confía en Dios. Líbrele Dios ahora. Él hace milagros; que nos lo demuestre ahora porque aseguró Yo soy el Hijo de Dios.*

Y así, regresamos de nuevo a la terrible verdad de que hay sufrimiento. La pregunta sigue en pie: ¿le presta Dios atención al sufrimiento? Si es así, ¿por qué no hace algo? Yo digo que Él sí hizo algo, Él está haciendo algo y Él hará algo.

Solo mediante la cruz podemos abordar este tema. Esa cruz vieja y tosca, tan despreciada por el mundo. Lo peor que haya sucedido jamás en la historia de la humanidad resultó ser lo mejor porque me salvó a mí. Salva al mundo. Y, de esta manera, el amor de Dios, representado y demostrado al dar a Su Hijo Jesús para que muriera en la cruz, se ha unido armónicamente con el sufrimiento.

¿Comprendes? Esta es la *crux* del asunto. Y aquellos de ustedes que han estudiado latín pueden recordar que la palabra *crux* es la palabra latina para cruz, es decir, la esencial del asunto. Solo en la cruz podemos comenzar a armonizar esta aparente contradicción entre sufrimiento y amor. Nunca entenderemos el sufrimiento a menos que entendamos el amor de Dios.

*Los dones del amor
han sido los dones del
sufrimiento. Estas dos cosas
son inseparables.*

Debemos comprender las cosas en dos niveles diferentes. En la Escritura, nos encontramos una y otra vez lo que parecen ser paradojas auténticas porque se está hablando de dos reinos diferentes. Se habla de este mundo visible y de un Reino invisible en el que los hechos de este mundo son interpretados.

Tomemos como ejemplo las Bienaventuranzas, esas maravillosas declaraciones paradójicas que Jesús pronunció a las multitudes cuando les predicaba en la montaña. Él expresó cosas muy extrañas como esta: cuán felices son los que saben lo que significa el dolor. Felices son los que no reclaman nada. Felices son los que han sufrido persecución. Tendrás gran felicidad cuando la gente te culpe y te trate mal y diga todo tipo de cosas difamatorias contra ti. Alégrate entonces, sí, alégrate muchísimo.

¿Tiene esto algún sentido? No, a menos que comprendas que hay dos reinos: el reino de este mundo y el reino de un mundo invisible. Y el apóstol Pablo entendió la diferencia cuando hizo esta declaración asombrosa: *Ahora mi felicidad es sufrir por Ti, mi felicidad es sufrir*. Parece una tontería, ¿no es

así? Sin embargo, esta es la Palabra de Dios. Janet Erskine Stuart expresó: «El gozo no es la ausencia de sufrimiento, sino la presencia de Dios». ⁵

Es lo que el salmista encontró en el valle de sombra de muerte. Recuerda que él señaló: «No temeré mal alguno». El salmista no era tan ingenuo como para afirmar: *No temeré al mal porque no hay mal*. Lo hay. Vivimos en un mundo malvado, quebrantado, retorcido, caído, distorsionado. ¿Qué dijo el salmista? «No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento».

Cuando estaba pegada a mi radio de onda corta en la jungla de Ecuador en 1956 y escuché que mi esposo había desaparecido, Dios me recordó las palabras del profeta Isaías: «Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo...». Como podrás imaginar, mi respuesta no fue muy espiritual que digamos. Expresé: *Pero Señor, Tú estás conmigo todo el tiempo, lo que quiero es a Jim. Quiero a mi esposo*. Llevábamos 27 meses de casados después de esperar cinco años y medio.

Cinco días después supe que Jim estaba muerto. La presencia de Dios conmigo no era la presencia de Jim, y eso fue un hecho terrible. La presencia de Dios no cambió el terrible hecho de haber quedado viuda, y pensaba quedar viuda hasta que muriera porque creía un milagro haberme casado aquella primera vez. No podía imaginarme que alguna vez me casaría por segunda vez, y mucho menos por tercera. La presencia de Dios no cambió el hecho de mi viudez. La ausencia de Jim me empujó, me forzó, me llevó a Dios, mi esperanza y mi único refugio.

En esa experiencia aprendí quién es Dios, y de una manera que nunca podría haber aprendido de otro modo. Y así puedo decirte que el sufrimiento es un medio insustituible a través del cual aprendí una verdad indispensable. Yo soy. Yo soy el Señor. En otras palabras, Dios es Dios. Bueno, todavía quiero volver a preguntar: «Pero Señor, ¿y qué de esos bebés? ¿Qué pasa con ese niño pequeño con espina bífida? ¿Qué pasa con los bebés que nacen con discapacidades horribles, con un sufrimiento terrible porque sus madres consumían cocaína, heroína o alcohol? ¿Qué pasa con mi terrier escocés, McDuff, que murió de cáncer a los seis años? ¿Qué pasa con el bebé Lindbergh y los Stams que fueron decapitados? ¿Qué pasa con todo eso?».

Yo no puedo responder tus preguntas, ni siquiera las mías, excepto a través de las palabras de la Escritura, estas palabras del apóstol Pablo, quien conoció el poder de la cruz de Jesús. Esto es lo que escribió: «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios» (Rom. 8:18-19). Fueron víctimas de la frustración: todos esos animales, todos aquellos bebés que no tienen culpa alguna, víctimas de la frustración, no por elección propia, sino por quien así lo hizo; pero siempre había esperanza. Y esta es la parte que me ofrece un consuelo inconmensurable: el universo mismo ha de ser liberado de las cadenas de la mortalidad y entrará en la libertad y el esplendor de los hijos de Dios.

¿De dónde proviene esta idea de un Dios amoroso? No es una deducción. No es que el hombre desea tan desesperadamente a un dios que llega a fabricarlo en su mente. Es Él quien fue la Palabra desde antes de la fundación del mundo, quien sufrió como un cordero sacrificado. Y Él tiene muchas cosas reservadas, de las cuales tú y yo ahora no tenemos la menor idea. Él nos ha dicho suficiente para que sepamos que sufrir nunca es en vano.